



Maestría en Estudios de Arte  
Imaginación iconoclasta  
Profesor: Dr. Edwin Culp Morando  
Yenifer Alondra Zenteno Campos

### **Reflexión sobre las coladeras y las visualidades urbanas**

Pensar en una ciudad, en general, nos remonta a los aspectos icónicos y simbólicos del espacio. Así, por ejemplo, si pensamos en la Ciudad de México se evocan en nuestra mente lugares como el Ángel de la Independencia, el Zócalo, el Castillo de Chapultepec o el Monumento a la Revolución. Este hecho no es fortuito, pues dichos emblemas se han forjado precisamente como espacios distinguidos, pero no sólo desde su construcción monumental, sino también desde su difusión visual como símbolos precisamente a través de fotografías, postales, dibujos o pinturas, por ejemplo; en síntesis, hemos aprendido a concebir y experimentar la ciudad no sólo de manera física sino también de manera visual.

La forma en la que actualmente concebimos a la Ciudad de México mediante sus representaciones ha cambiado constantemente como fruto del aceleramiento tecnológico. Un ejemplo claro de esta situación en la historia fue la creación de una de las avenidas icónicas de la Ciudad de México: el Paseo de la Reforma fue creado desde el gobierno de Maximiliano de Habsburgo en donde se trazaron paseos y avenidas que conectaran tanto la circulación de transportes como de transeúntes. Pero la funcionalidad no fue el objetivo principal, sino crear una “espina dorsal de la urbe” que conectara las vialidades con los principales monumentos.

Dichos espacios nos permiten entender cómo desde su creación se gestan visualidades centralizadas. No es fortuito que cuando hablamos de monumentos o zonas principales de la ciudad tanto el Paseo de la Reforma como los monumentos sean los principales en aparecer en escena (tanto en nuestro imaginario social como en representaciones visuales como productos de la cultura visual). Su construcción no fue entonces una mera creación de un espacio sino una construcción simbólica en torno a discursos políticos, sociales y culturales que, desde su creación hasta

nuestros tiempos permean nuestra experiencia física, simbólica, y en este caso, visual de la ciudad.

Este régimen de visibilidad centraliza no sólo la mirada sino también la historia de la ciudad produce una jerarquía de lo visible donde las superficies “menores” (como bancas, coladeras, paredes, suelos, grietas o señalamientos) quedan relegadas. Pero también relegan otras formas de creación de la historia de la urbe. Precisamente cabe preguntarse ¿Qué otras imágenes habitan en la historia pero que han sido invisibilizadas por la historia? ¿Qué sucede con la memoria inscrita en otros elementos no tradicionales de la ciudad? ¿Qué otras formas de preservación de memoria histórica no oficiales deben resaltarse? ¿Qué nos dicen otras superficies de la ciudad?

Al respecto, integrantes de Grupo Suma (1976-1982) realizaron “huellas urbanas” mediante una especie de estampado de coladeras y grietas de la ciudad a las que denominaron *suelografías*. Para dicho colectivo, no eran necesarias las explicaciones de la “huellas de la ciudad”, sus obras por sí mismas eran una irrupción en la historia, pero también, denotaban por sí mismas la ciudad. Para el Grupo Suma la superficie urbana misma cuenta su historia y deja su huella literalmente. Ante dicha creación, se da un giro en el régimen visual e histórico de la ciudad, al ver y prestar atención en aquellas cosas/espacios/objetos que son indicio de algo, son memoria de algo y que rompen con las representaciones tradicionales en la cultura visual.

La propuesta de Grupo Suma nos permite enfocarnos en aquello que los discursos e imaginarios oficiales han fomentado y que, como resultado, han relegado otros espacios y visualidades que, a su vez, cambian las jerarquías de lo visual, de lo que o no conforma la historia. Por tanto, es importante reconocer que tanto la creación artística como las imágenes no son fijas, son dinámicas, se transforman, mutan e interactúan con sus creadores y espectadores de diferentes formas.

Ampliar la creación y representación de visualidades permite a su vez ampliar el espectro de lo que concebimos como parte de la ciudad. Entender que “lo ciudadano” no reside únicamente en discursos y visualidades oficiales, sino que de igual manera se forja mediante centros culturales, parques, cafés, plazas comerciales, oficinas de trabajo, automóviles, pavimento, semáforos o postes de luz, incluso

grietas, baches, coladeras, cableados u otros elementos que incluso a cada habitante le puedan denotar la ciudad.

Reflexionar al respecto permitirá concebir nuestra realidad de otra manera, pero también comprender y profundizar en torno a cómo la cultura visual ha orientado nuestra visión y con ello, cómo nosotros podemos reconfigurar dicha acción. Nos permite reconfigurar espacios, entender la forma en que se estructuraron y, particularmente, entender cómo la cultura visual permea y cómo interactuamos con ella.

Pensar en las superficies “pequeñas”, ocultas o marginadas de la ciudad nos permite una forma de liberación, de emancipación de visualidad en donde tanto las historias como nuestra experiencia de la realidad se transforman. Mirar lo no mirado amplía la memoria, la realidad y de nuestra relación con las imágenes. Mirar lo oculto, lo que cuesta ver de la ciudad como las coladeras, nos llevará a establecer diálogos, a plantear demandas, a no quedarnos estáticos y a cuestionar los regímenes (-visuales).